

allí el barril de pólvora; despues, aprovechándose de la humareda y de la especie de niebla oscura que llenaba el recinto atrincherado, logró deslizarse á lo largo de la barricada hasta llegar á aquella caja de adoquines donde se hallaba colocada el hacha de viento. Arrancar de allí el hacha, colocar en el mismo sitio el barril de pólvora, empujar la pila de adoquines bajo el barril, el cual se habia desfondado en aquel mismo instante, con una especie de obediencia terrible, todo esto habia sido para Marius el tiempo de bajarse y de volverse á levantar; y ahora ya todos, guardias nacionales, guardias municipales, oficiales, soldados, agrupados en peloton en el extremo opuesto de la barricada, le miraban con estupor, puesto de pié sobre los adoquines, con el hacha en la mano, su rostro altivo y amenazador iluminado por una resolucion fatal, inclinando la llama de la antorcha hácia aquel formidable monton de piedras donde se distinguia el barril de pólvora desvencijado, y lanzando este grito aterrador:

— ¡Marchaos de ahí, ó hago volar la barricada!

Marius sobre aquella barricada, despues del octogenario, era la vision de la revolucion jóven, de la revolucion moderna, despues de la aparicion de la vieja revolucion, de la revolucion antigua.

— ¡Volar la barricada! dijo un sargento; ¡y tú tambien volarias con ella!

Marius respondió:

— Y yo tambien.

Y acercó el hacha al barril de pólvora.

Pero ya no habia quedado nadie sobre la trinchera. Los invasores, dejando allí sus muertos y sus heridos, se replegaban confundidamente y en el mayor desorden hácia la extremidad de la calle, donde se perdian de nuevo en las sombras de la noche. Fué aquello un sálvese el que pueda.

La barricada quedó despejada enteramente.

FIN DE LOS VERSOS DE JUAN PROUVAIRE

Todos rodearon á Marius. Courfeyrac le saltó al cuello,

— ¡Al fin te tenemos entre nosotros!

— ¡Qué dicha! dijo Combeferre.

— ¡Has venido á propósito! añadió Bossuet.

— ¡Sin tí, estaria yo muerto! repuso Courfeyrac.

— ¡Sin usted, me habrian engullido á mí! dijo á su vez Gavroche.

Marius preguntó:

— ¿Dónde está el jefe?

— Eres tú, dijo Enjolras

Marius habia tenido durante todo el dia una hornaza en su cerebro; ahora tenia un torbellino. Ese torbellino que existia en él le producía el efecto de estar fuera de sí y de arrastarle. Parecíale que se hallaba ya á una inmensa distancia de la vida. Sus dos meses luminosos de

alegría y de amor venían á parar bruscamente en este espantoso precipicio; Coseta perdida para él, aquella barricada, el señor Mabeuf haciéndose matar por la r. pública, el mismo convertido en jefe de insurrectos; y todas estas cosas le parecían una pesadilla monstruosa. Veíase obligado á hacer un esfuerzo de espíritu para recordar que todo cuanto le rodeaba era real y positivo. Mar us había vivido aún demasiado poco para saber que no hay nada tan inminente como lo imposible, y que lo que es menester prever siempre, es lo imprevisto. Asistía él á su propio drama como á una pieza de teatro que no se comprende.

En aquella densa bruma en que se rebullía su pensamiento, no reconoció el á Javert que, atado á su poste, no había hecho ni el más mínimo movimiento de cabeza durante el ataque de la barricada, y que estaba mirando cómo se agitaba la rebelion en derredor de él, con la resignacion de un mártir y con la majestad de un juez. Marius no fijó en él siquiera su atencion.

Entre tanto, los acometedores no se movian ya, oíase los marchar y hormiguar en la extremidad de la calle, pero no se arriesgaban á penetrar en ella, ora fuese porque esperaban órdenes de sus jefes para obrar, ó bien que, ántes de lanzarse contra aquel inconquistable reducto, esperasen refuerzos. Los insurrectos habian colocado centinelas, y algunos de ellos, que eran estudiantes de medicina, se habian puesto á curar á los heridos.

Todas las mesas, excepto las dos reservadas para las hilas y para los cartuchos, y la mesa en que yacia el cuerpo del tío Mabeuf, las habian sacado fuera de la taberna, agregánd las á las barricada, y las habian emplazado en la sala baja con colchones de las camas de la viuda Hucheloup y de sus criadas. Sobre estos colchones habian acostado á los heridos. Por lo que hace á las tres pobres criaturas que habitaban en Corinto, no se sabía

qué habia venido á ser de ellas. Si embargo, se acabó por hallarlas escondidas en la cueva de la casa.

Una emocion triste y desgarradora vino á oscurecer la alegría de la barricada que, de un modo tan providencial y tan feliz, habian logrado ver despejada y libre de los invasores.

Pasaron lista, y notóse la falta de uno de los insurrectos, ¿ y quién? Uno de los más queridos, uno de los más valientes. Juan Prouvaire. Buscáronle entre los heridos, y no le hallaron. Buscáronle entre los muertos, y no le encontraron tampoco. Era pues evidente que le habian hecho prisionero.

Combeferre dijo á Enjolras :

— Ellos se han apoderado de nuestro amigo; nosotros estamos en posesion de su agente. ¿ Tienes tú empeño por la muerte de ese espion?

— Sí, respondió Enjolras, pero ménos que por la vida de Juan Prouvaire.

Todo esto pasaba en la sala baja, cerca del poste al cual estaba amarrado Javert.

— Pues bien, yo voy á atar mi pañuelo á la punta de mi bastón, y á ir como parlamentario á proponerles el canje de su hombre por el nuestro.

— Escucha, dijo Enjolras poniendo su mano sobre el brazo de Combeferre.

Oíase hácia el extremo de la calle un sonido metálico significativo de armas que chocaban entre sí.

Al mismo tiempo, una voz varonil y robusta gritó en aquel sitio :

— ¡ Viva la Francia! ¡ viva el porvenir!

En esta voz se reconoció al punto la de Prouvaire.

Vióse un fognazo semejante á un relámpago, al cual siguió una detonacion.

Todo quedó sumergido en el más profundo silencio.

- Le han matado ! exclamó Combeferre.
Enjobras miró á Javert y le dijo :
— Tus amigos acaban de fusilarte.

VI

LA AGONÍA DE LA MUERTE DESPUES DE LA AGONÍA DE LA VIDA

Es propio de esta clase de guerra que el ataque de las barricadas se haga casi siempre de frente, y que en general los acometedores se abstienen de cercar y de atacar de flanco las posiciones, bien sea porque recelen emboscadas, ó bien porque temen comprometerse engolfándose en algun laberinto de calles tortuosas y atrincheradas. De aquí que toda la atención de los insurrectos se hallaba concentrada en la barricada grande, que era sin duda alguna el punto siempre amenazado y donde infaliblemente debía recomenzar la lucha. Marius sin embargo pensó en la barricada pequeña, y se dirigió hácia ella. Estaba desierta, no teniendo más guardia ni centinela que la lamparilla que temblaba entre los adoquines. Por lo demas, la callejuela de Mondétour y los ramales de la Petite-Truanderie y del Cisne se hallaban en la más completa tranquilidad.

Quando, una vez hecha ya su inspeccion, se retiraba Marius de aquel sitio, oyó su nombre pronunciado débilmente en la oscuridad:

— ¡ Señor Marius!

Al oír esta voz se estremeció, reconociendo en ella la misma voz que le había llamado dos horas ántes, al traves de la verja de la calle de Plumet.

Sólo que ahora ya aquella voz parecia no ser otra cosa que un soplo.

Dirigió la vista en derredor suyo y no vió á nadie.

Marius creyó haberse engañado, y que aquello no era más que una ilusion añadida por su espíritu á las realidades extraordinarias que se estrechocaban en torno de él. Dió un paso para salir de la hondonada en que se hallaba sumergida la barricada.

— ¡ Señor Marius! repitió la voz.

Esta vez ya no le era posible dudar, la había oído distintamente; miró, pero no vió nada.

— Á sus piés de usted, dijo la voz.

Se inclinó, y vió en la sombra una forma que se iba arastrando hácia él, un objeto que venía como rodando por el suelo. Aquello era lo que le hablaba.

La lamparilla de la barricada permitia distinguir allí una blusa, un pantalon de pana rasgado, unos piés descalzos, y algo que parecia ser un charco de sangre. Marius entrevió un rostro pálido que se levantaba hácia él y que le dijo:

— ¿ No me conoce usted?

— No.

— Eponina.

Marius se bajó vivamente. En efecto, era aquella desgraciada criatura. Hallábase vestida de hombre.

— ¿ Cómo es que se halla usted aquí? ¿ qué hace usted en este sitio?

— Estoy muriéndome, contestó la muchacha.

Hay ciertas palabras y ciertos incidentes en la vida que despiertan á los séres más agobiados. Marius exclamó como sobresaltado:

— ¡ Está usted herida! ¡ Espere usted, voy á conducirla á la sala! ¡ Van á curarla á usted! ¿ Es cosa grave? ¿ cómo habrá de cogérsela á usted para no causarle daño? ¿ dónde sufre usted? ¡ Socorro! ¡ Dios mio! ¿ Pero qué es lo que usted ha venido á hacer aquí?

Y trató de pasar el brazo por debajo de ella para levantarla.

Al tiempo de removerla levantándola, se encontró con su mano.

La muchacha lanzó un grito débil.

— ¿ Es que la he hecho á usted daño? preguntó Marius,

— Un poco.

— Pero si no he tocado sino á su mano de usted.

Levantó ella entónces la mano, mostrándosela á Marius, y Marius vió en medio de aquella mano un agujero negro.

— ¿ Qué es eso que tiene usted en la mano? la preguntó.

— Que está agujereada.

— ¡ Agujereada!

— Sí.

— De qué?

— De una bala.

— ¿ Cómo?

— ¿ No vió usted un fusil que apuntaba contra usted?

— Sí, y una mano que le tapó.

— Era la mia.

Marius tuvo un fuerte estremecimiento.

— ¡ Qué locura! ¡ Pobre niña! Pero tanto mejor, si no es más que eso, no será nada, déjeme usted llevarla á una cama. Van á curarla á usted, nadie muere por tener horadada una mano.

Ella murmuró :

— La bala atravesó la mano, pero salió por la espalda. Es inútil llevarme de aquí. Yo voy á decir á usted cómo usted mismo podrá curarme, mejor que un cirujano. Siéntese usted junto, á mí, sobre esa piedra.

Y él obedeció : apoyó ella entónces su cabeza sobre las rodillas de Marius, y sin mirarle, dijo :

— ¡ Oh ! ; qué bueno es esto ! ; Qué bien está una aquí ! Hé ahí ! Ya no sufro nada.

Y permaneció un momento en silencio. En seguida volvió la cara, haciendo un esfuerzo, y miró á Marius.

— ¿ Usted no sabía nada de eso, señor Marius ? Pues sí, á mí me fastidiaba mucho que usted entrara en aquel jardín ; era una tontería de mi parte, puesto que yo misma fué quien le enseñó á usted la casa, y por último, también en debía yo decirme que un jóven como usted...

Al llegar aquí, se interrumpió, y salvando las sombrías transiciones que sin duda habia en su espíritu, continuó, prurumpiendo en una sonrisa desgarradora :

— ¿ Me hallaba usted fea, no es verdad ?

Despues prosiguió diciendo :

— ¡ Ya usted lo ve, está usted perdido ! Ahora ya nadie saldrá de la barricada. ¡ Toma ! y yo soy quien le ha traído á usted aquí. Va usted á morir, estoy bien segura de ello. Y sin embargo, cuando vi que le apuntaban á usted, fui corriendo y puse la mano en la boca del cañon del fusil. ¡ Cosamás rara ! Pero es porque yo queria morir ántes que usted. Cuando recibí esta bala, me vine arrastrando hácia aquí, nadie me ha visto, por eso no me han recogido. Yo le esperaba á usted, y decia para mí : ¿ Si no vendrá ? ¡ Oh ! si usted supiera, mordía yo mi blusa, sufría tanto ! Ahora ya estoy bien. ¿ No se acuerda usted del día en que yo entré en su cuarto, y que me miré en su espejo, y el día que yo le encontré á usted en el bou-

levard, junto á unas obreras ? ¡ Cómo cantaban los pájaros aquel día ! No hace mucho tiempo. Usted me dió cien sueldos, y yo le dije : Yo no quiero su dinero de usted. ¿ Recogió usted á lo ménos su moneda ? Usted no es rico. Yo no me acordé de decirle que la recogiera del suelo. Hacía un sol hermoso, y no tenía una frio aquel día. ¿ No se acuerda usted, señor Marius ? ¡ Oh ! soy yo muy dichosa ! Todo el mundo va á morir.

Su semblante aparecia grave, insensato, afflictivo. Su blusa rasgada mostraba pecho y cuello desnudos. Cuando hablaba, apoyaba su mano horadada sobre el pecho, donde se veia otro agujero, por el cual salian de vez en cuando borbotones de sangre, como sale el chorro de vino de un tonel abierto.

Marius consideraba aquella criatura infortunada con una compasion profunda.

— ¡ Oh ! dijo ella de repente, esto vuelve. ¡ Me ahogo ! Cogió su blusa y la mordió, sus piernas se engarrotaban contra el suelo.

En este momento, la voz de gallo jóven del niño Gavroche resonó en la barricada. Se habia subido sobre una mesa para cargar su fusil, y cantaba alegremente esta cancion que entónces era tan popular :

En voyant Lafayette,
Le gendarme répète :
Sauvons-nous ! sauvons-nous ! sauvons nous !¹

Eponina levantó un poco la cabeza, se puso á escuchar y despues murmuró :

— Es él.

Y volviéndose hácia Marius, dijo :

¹ Al ver á Lafayette, el gendarme repite : ¡ Huyamos, huyamos, huyamos !

— Mi hermano está ahí. Es preciso que él no me vea. Me reñiría.

— ¿Su hermano de usted? preguntó Marius, quien á la sazón pensaba, desde el fondo más amargo y más doloroso de su corazón, en los deberes que su padre le había legado para con los Thénard er: ¿quién es su hermano de usted?

— Ese chiquito.

— ¿El que está cantando?

— Sí.

Marius hizo un movimiento.

— ¡Oh! no se vaya usted! ¡esto ya no durará mucho tiempo!

Hallábase ella casi sentada, pero su voz era muy baja y entrecortada por las convulsiones del hipo. El estertor la interrumpía por intervalos. Procuraba acercar cuanto la era posible su cara á la cara de Marius. Y añadió con una expresión extraña:

— Escuche usted, yo no quiero jugarle á usted ninguna mala partida. Tengo en mi bolsillo una carta para usted. Desde ayer. Me dijeron que la echara al correo; pero me la guardé. No quería yo que ella llegara á manos de usted. Pero usted tal vez me guardaría rencor cuando nos veamos despues, en la otra vida. Nos volveremos á ver muy pronto, ¿no es verdad? Tome usted su carta.

Cogió ella convulsivamente la mano de Marius con su mano agujereada, pero parecía que no sentía ya el sufrimiento, y la introdujo en el bolsillo de su blusa. En efecto, Marius tentó allí un papel.

— Cójala usted, le dijo.

Marius cogió la carta.

Ella hizo una seña de satisfacción y de consentimiento.

— Ahora, por mi trabajo, prométame usted...

Y se detuvo.

— ¿Qué? preguntó Marius.

— ¡Prométame usted!

— Prometo, sí.

— Prométame usted darme un beso en la frente cuando esté muerta. — Lo sentiré.

Dejó caer su cabeza sobre las rodillas de Marius, y sus párpados se cerraron. Él creyó que aquella pobre alma había partido ya. Eponina permanecía inmóvil; de improviso, en el instante en que Marius la creía dormida con el sueño de la eternidad, abrió ella lentamente los ojos, en los cuales aparecía la sombría profundidad de la muerte, y le dijo con un acento cuya dulzura parecía venir ya de otro mundo:

— Y despues, vea usted, señor Marius, yo creo que estaba algo enamorada de usted.

Probó aún á sonreír, y espiró.

VII

GAVROCHE PROFUNDO CALCULADOR DE LAS DISTANCIAS

Marius cumplió su promesa. Depositó un beso en aquella frente lívida por donde brotaba un sudor glacial. No era esto una infidelidad á Coseta; sino una despedida pensativa y tierna á un alma desgraciada.

No habia él tomado sin experimentar un estremecimiento la carta que le habia dado Eponina. Desde luégo vió él en ella todo un acontecimiento. Estaba impaciente por leerla. El corazón del hombre se halla formado de esta manera; apénas habia cerrado los ojos de aquella infortunada criatura, cuando ya Marius se ocupaba en desdoblar aquel papel. La dejó reposar suavemente sobre el suelo, y se marchó. Alguna cosa le decía á él que no podia leer aquella carta delante de aquel cadáver.

Se acercó á una vela en la sala baja. Era un billetito plegado y sellado con ese elegante esmero propio de las se-

ñoras. El sobrescrito era de letra de mujer y decía de esta manera:

— Al señor Marius Pontmercy, en casa del señor Courfeyrac, calle de la Verrerie, n.º 16.

Rompió la neta y leyó:

« ¡ Oh! mi muy amado! mi padre quiere que nos marchemos en seguida. Esta noche estaremos en la calle del Homme-Armé, n.º 7. Dentro de ocho dias estaremos en Inglaterra.

» COSETA.

« 4 de Junio. »

Tal era la inocencia de estos amores, que Marius no conocia siquiera la letra de Coseta.

Lo que habia pasado puede decirse en algunas palabras. Eponina lo habia hecho todo. Despues de la noche del 3 de Junio, abrigó ella un doble pensamiento: desbaratar los proyectos de su padre y de los bandidos con respecto á la casa de la calle de Plumet, y separar á Marius de Coseta. Habia cambiado sus andrajos con el primer pilluelo que halló y que habia encontrado divertido el vestirse él de mujer miéntras que Eponina se disfrazaba de hombre. Ella era quien habia dado á Juan Valjean en el Campo de Marte el aviso expresivo de: *¡ Mude usted de domicilio!* Juan Valjean, en efecto, habia ido de prisa á su casa y habia dicho á Coseta: *Esta noche nos marchamos; iremos primero á la calle del Homme-Armé con Toussaint; y para la semana próxima estaremos en Londres.* Aterrada por este golpe inesperado, Coseta habia escrito con toda premura dos líneas á Marius. Pero, ¿ cómo arreglarse para echar aquella carta al correo? Ella no salia sola, y Toussaint, sorprendida de semejante encargo, habria enseñado seguramente la carta al señor Fauchelevent. En medio de

esta ansiedad, Coseta habia entrevisto por entre la verja del jardin á Eponina vestida de hombre, que sin cesar rondaba á la sazón los alrededores de la casa. Coseta habia llamado á aquel « muchacho » ó á aquel obrerito, y le habia entregado cinco francos y la carta, diciéndole : Lleve usted esta carta en seguida á la casa que indica el sobre. Eponina se metió la carta en el bolsillo. Al día siguiente, 5 de Junio, habia ido ella á casa de Courfeyrac á preguntar por Marius, no para entregarle la carta, sino, cosa que comprenderá desde luego toda alma celosa y amante, « para ver. » Allí habia ella esperado á Marius, ó á lo ménos, á Courfeyrac, — siempre para ver. — Cuando Courfeyrac le habia dicho : Vamos á las barricadas, una idea le habia pasado por la imaginación. Lanzarse á aquella muerte, como se habria lanzado á otra cualquiera, y precipitar también en ella á Marius. Habia seguido á Courfeyrac, se habia asegurado del sitio en el cual se construía la barricada; y muy cierta, como ella estaba, puesto que Marius no habia recibido ningun aviso, habiendo ella interceptado la carta, de que al anoecer se hallaria él sin falta á la cita de todas las noches, habíase dirigido á la calle de Plumet, habia esperado allí á Marius, y le habia dado, en nombre de sus amigos, aquel aviso ó hecho aquel llamamiento que creia ella produciria efecto inmediatamente, es decir, que le haria ir corriendo á la barricada. Contaba ella mucho con la desesperación de Marius cuando se hallase ya sin Coseta, y no se engañaba. Á su vez ella también se volvió á la calle de la Chanvrerie. Acabamos de ver lo que allí hizo. Habia muerto con esa trágica alegría de los corazones celosos que arrastran al sér amado en su muerte, y que dicen : ¡nadie le poseerá!

Marius cubrió de besos la carta de Coseta. ¡Conque ella le amaba! Acarició un instante la idea de que ya no debia morir. Pero en seguida se hizo las siguientes reflexiones :

ella se va á marchar. Su padre se la lleva á Inglaterra y mi abuelo se niega á consentir en el casamiento. Nada pues ha cambiado en nuestra fatalidad. Los soñadores como Marius suelen tener de estos abatimientos supremos, de los cuales resulta á veces la adopción de ciertas resoluciones desesperadas. La fatiga de vivir es insoportable; la muerte, es cosa más breve. Entonces pensó en que le quedaban dos deberes que cumplir : informar á Coseta de su muerte, enviándola una despedida suprema, y librar de la inminente catástrofe que se preparaba á aquel pobre niño, hermano de Eponina é hijo de Thénardier.

Llevaba consigo una cartera; la misma que habia contenido el cuaderno en el cual habia él escrito tantos pensamientos de amor para Coseta. Arrancó de ella una hoja, y escribió con lápiz estas breves líneas :

« Nuestro casamiento era imposible. He pedido permiso » á mi abuelo, y me le ha negado; yo carezco de fortuna, » y tú también. He ido á tu casa corriendo, y ya no te he » encontrado; bien sabes la palabra que te di, la cumplo. » Voy á morir. Te amo. Cuando leas estas líneas, mi » alma estará junto á ti, y te sonreirá. »

No teniendo nada á la mano con que cerrar esta carta, se limitó á plegar el papel en cuatro dobleces y puso en él este sobrescrito :

« *Á la señorita Coseta Fauchelevent, en casa del señor » Fauchelevent, calle del Homme-Armé, n.º 7. »*

Una vez doblada la carta, permaneció pensativo algunos instantes, volvió á echar mano á su cartera, la abrió, y escribió con el mismo lápiz en la primera página estas cuatro líneas :

« Me llamo Marius Pontmercy. Que lleven mi cadáver » á casa de mi abuelo, el señor Gillenormand, calle de las » Filles-du-Calvaire, n.º 6, en el Marais. »

Volvió á meterse la cartera en el bolsillo de su frac, y en seguida llamó á Gavroche. Á la voz de Marius, acudió al instante el gamin con su semblante alegre decidido.

— ¿Quieres hacer una cosa por mí?

— Todo lo que usted quiera, contestó Gavroche. ¡Dios mío de mi vida! sin usted, ya estaria yo frito.

— ¿Ves esta carta?

— Sí.

— Tómala. Sal de la barricada inmediatamente (Gavroche, inquieto, empezó á rascarse una oreja), y mañana temprano irás y la entregarás á la persona que dice el sobre, la señorita Coseta, en casa del señor Fauchelevent, calle del Homme-Armé, n.º 7.

El heroico niño replicó :

— ¡Está bien, pero mientras tanto tomarán la barricada, y yo no me hallaré aquí!

— La barricada, segun todas las apariencias, no será atacada ántes de amanecer, y no la tomarán ántes de las doce del día.

La nueva tregua que los acometedores habian dado á la barricada se prolongaba en efecto. Era una de esas intermitencias, tan frecuentes en los combates nocturnos que son seguidas siempre de un redoble de encarnizamiento.

— Pues bien, dijo Gavroche, ¿y si yo fuera á llevar su carta de usted mañana por la mañana?

— Será demasiado tarde. La barricada estára bloqueada probablemente, todas las calles serán guardadas, y tú no podrás salir. Vé en seguida.

Gavroche no halló nada que replicar permaneciendo allí indeciso, y rascándose la oreja tristemente. De improviso, con uno de esos movimientos de pájaro que le eran habituales, tomó la carta y dijo :

— Bueno.

Y se marchó corriendo por la callejuela de Montdétour.

Habíasele ocurrido á Gavroche una idea que le habia determinado, pero que no se habia atrevido á comunicarla, temeroso de que Marius le hiciera alguna objecion.

Esta idea, era la siguiente :

— Ahora son apénas las doce de la noche, la calle del Homme-Armé no está léjos, voy corriendo á llevar la carta, y así me ballaré aquí de vuelta á tiempo.